FABRIC. Te creemos, sí.

VALERIO. Y en cuanto á nuestros planes, sólo te diré que hoy somos más exaltados que ayer, y que trabajamos por las libertades y derechos del pueblo, por la...

BONAIRE. Sí; ya sé toda la canción...

VALERIO. Estos señores nos persiguen á sangre y fuego, y tratan de exterminarnos como á bestias dañinas. Pues seamos también cazadores intrépidos... y sagaces. Todos los medios son buenos, con tal que conduzcan al fin... (Se levanta, bebe otra vez y brinda). Por el triunfo de la Casa Fuerte, defendida por estos tres valientes campeones...

BONAIRE. (Recogiendo el servicio). ¿Tres?... Yo no.

FABRIC. Contamos á nuestro compañero Berenguer...

BONAIRE. Ya.

VALERIO. Por cierto que me inquieta su tardanza. Mira si viene. (Fabricio se asoma por la puerta del foro).

BONAIRE. (A San Valerio). ¿Y á ese Berenguer, le conozco yo?

VALERIO. No creo... ¡Oh, gran persona, admirable hallazgo para nosotros!

FABRICIO. (Desde la puerta del foro). Ya viene. Como siempre, abstraido y divagando. Se detiene en la sala de armas mirando las panoplias...

BONAIRE. (Asomándose). ¡Ya, ya le veo!... Parece que habla solo, ó con los retratos que hay en las paredes. (Vuelve al lado de San Valerio). Su figura y sus aires son de persona principal.

VALERIO. Primogénito de la casa de Claramunt de Cerdaña. Familia ilustre de las que fueron perseguidas y dispersas el año 14. Estos demonios de realistas mataron al padre, deshonraron á la hermana, é hicieron tabla rasa de todo...

BONAIRE. Y el tal se guareció en Francia... ¿Es valiente?

VALERIO. Como un Cid pobre y olvidado que quiere abrirse camino por la revolución.

FABRICIO. (Llamando á Berenguer desde el foro). ¡Pst... pst... que estamos aquí!

BONAIRE. Ya, ya te entiendo. Este noble arruinado, y que anhela vengar terribles injurias del dospotismo, es en vuestras manos...

VALERIO. Un arma...

BONAIRE. Ó una herramienta para demoler...

VALERIO. Eso, eso. Te digo que ni buscándolo con candil se encontraría en toda España un martillo como ese.

ESCENA VIII

DICHOS; BERENGUER, por el foro, abstraido y hablando solo.

FABRICIO. Chico, despierta...

VALERIO. Berenguer, deja en paz á los espíritus y ven á nosotros.

BERENG. (Pasándose la mano por los ojos). La soledad pavorosa de este caserón y los odiosos emblemas de la tiranía que veo en él... (Observando la estancia). agobian mi espíritu, apagando las memorias recientes y avivando las pasadas.

VALERIO. ¡Cuidado!... No basta transfigurar la persona, los nombres y la palabra...

FABRICIO. Hay que disfrazar hasta los pensamientos.

BERENG. Sí, sí... No temáis que la farsa se malogre por mí. ¿Habéis visto á ese verdugo, á ese monstruo?

VALERIO. ¿Quién?

BERENG. El General matarife, encarnación de una familia de asesinos.

VALERIO. Moderación en la palabra.

FABRICIO. Estamos solos.

VALERIO. No importa.

BERENG. (Alarmado súbitamente al ver á Bonaire). ¿Quién es ese pájaro?

BONAIRE. Yo no soy pájaro, sino un amigo de los amigos de usted.

FABRIC. Es de confianza. Puedes hablar delante de él.

BERENG. ¿Pertenece á nuestra comunidad?

VALERIO. En espíritu sí.

FABRIC. Y en cuerpo.

BERENG. ¿Y sabe que este pobre hidalgo, único resto de una familia destruída por los realistas, se une á vosotros para una empresa de vindicación que ha de ser tan implacable como justiciera? Sí; aquí estamos ya, en la caverna de esas terribles alimañas, decididos á destruirlas, sin temor de obstáculos, de peligros ni de muertes.

BONAIRE. Bien por los hombres intrépidos hasta el delirio.

BERENG. Diabólica aventura es esta. Pero si salimos triunfantes, ¡qué orgullo, qué gloria! Con la ayuda de Dios, sí, castigaremos los crímenes de estos infames sectarios.

VALERIO. Ellos sanguinarios, nosotros más.

FABRIC. (Con saña). Ellos crueles, nosotros feroces.

VALERIO. No haya compasión.

BERENG. ¡Compasión! ¿La tuvieron ellos de mi padre? A manos de aquel tigre que se llamó Barón de Celis, pereció mi familia. Vidas, hacienda, honra, todo fué devorado y destruído. En tierra extranjera, el último de los Claramunt, templando su alma en el infortunio y en la soledad, ha sabido forjarla de nuevo para la venganza. En esa Francia, que ha sido mi amparo y mi maestra, he adquirido la convicción de las justicias populares. Noble nací, pueblo soy, y ofrezco mi sangre para el exterminio de las tiranías, sean cuales fueren, y llámense como quieran llamarse.

VALERIO. Bien.

FABRIC. Así te queremos.

BONAIRE. ¡Eh!... Cuidadito... Hablen bajo... Ya no pueden tardar. (Se asoma al foro para vigilar).

BERENG. (Bajando la voz). ¡Ah! ¿No sabéis? En el palacio del Arzobispo vi al Marqués de Tremp, y cuando yo salía, encontré á Susana que entraba.

VALERIO. (A Bonaire). La sobrina del Regente. (Gozoso). ¿Pero ya está aquí?

BONAIRE. Hace dos días que llegó la baronesita de Celis.

BERENG. ¡Siniestro título, á fe mía! Pues al verme se sonrió, sin poder disimular su gozo...

VALERIO. Como que le caíste muy en gracia. Y á ti no te disgustó. ¡Oh! la verdad. Aparte la progenie, la niña es seductora.

FABRIC. Y muy linda.

VALERIO. Espero que aquí seguirás haciendo lo posible por ganarte su afecto.... (Berenguer, que durante las últimas frases ha caído en profunda meditación, no contesta. Pausa). Berenguer, ¿en qué piensas?

FABRIC. Ese silencio, ¿qué significa?

BERENG. ¡Oh!... no sé... Es que temo...

VALERIO. ¡Temer tú!

FABRIC. ¡Temer un patriota que ha jurado exterminar la tiranía!

BERENG. Pues sí, compañeros míos, me impone temor...

VALERIO. ¿Quién?

BERENG. Esa mujer, Susana. Y os agradecería mucho que la dejáraís fuera de todas nuestras combinaciones.

VALERIO. Hijo mío, ¿qué dices?

FABRIC. ¡Estamos lucidos!

VALERIO. Pues si empezamos con sensibilidades, ya verás á dónde vamos á parar.

BERENG. (Con resolución después de vacilar). Bien. Pues lo que queráis. ¿Qué debo hacer?

VALERIO. Muy sencillo. Continuar con sagaz donaire y perseverancia marrullera tu campaña galante.

BONAIRE. Apunten este dato. Quieren casarla con don Juan.

VALERIO. ¡Magnífico! Ya ves. Hijo, todo nos favorece. Dime, Bonaire, ¿es cierto que el titulado General tira bien las armas?

BONAIRE. ¡Vaya!... Aunque comparado contigo, figúrate. Todos los ratos libres los dedica á la esgrima.

FABRIC. ¡Oh, fortuna!

VALERIO. ¡Oh, Providencia!

BONAIRE. (Por Berenguer). ¿Y el señor, tira?

VALERIO. Es mi discípulo, y no te digo más. (A Berenguer con alegría). Chico, estamos en grande.

BONAIRE. (Alarmado). Oído... que vienen. Ya están aquí.

ESCENA IX

DICHOS y DON JUAN; después, SUSANA y DOÑA SATURNA

JUAN. Señores...

VALERIO. (Presentando á Berenguer). Nuestro compañero Luis Berenguer. (Berenguer hace reverencia).

JUAN. Ya me ha dicho mi tío que le vió á usted en el palacio del Arzobispo. La carta que ha presentado usted pondera su bizarría y su acendrado amor á la tradición.

BERENG. El secretario del señor vizconde de Chateaubriand, y el vizconde mismo, me honran con su indulgencia. (Entran Susana y doña Saturna).

SUSANA. (Aquí está. No me engañaba el corazón). (Saluda ceremoniosamente).

SATURNA. Bonaire. No olvide usted que nos ha prometido hoy otro pastel de su invención.

BONAIRE. Sí, señora. Corro á la cocina... Verán las señoras qué pastel les preparo... Cosa rica. (Vase por la derecha).

SATURNA. ¿Son estos los señores que han venido de Francia á ponerse á las órdenes de la Regencia?

VALERIO. (Con exquisita galantería). Y á los pies de las ilustres damas de la casa de Tremp, el más preciado adorno de la causa realista.

SATURNA. ¡Oh, qué fino y galán!

SUSANA. Se les invita á un baile modestito... un pasatiempo ideado por mí.

VALERIO. Si no estoy equivocado, tengo el honor inmenso de hablar con la nobilísima señora hermana del señor Marqués, celebrada por su conspícuo entendimiento...

SATURNA. ¡Oh! ¡Qué lisonjero!... En Francia habrá usted oído hablar de mí.

VALERIO. Y sé que envía usted diariamente á su amiga la duquesa de Montmorency una relación admirable de lo que ocurre en esta ciudad.

SATURNA. Es cierto, sí... (Embelesada con los elogios). Pronto se conoce al caballero de ley.

VALERIO. En mí no hay más mérito que la sinceridad, señora.

JUAN. (Que ha estado hablando con Berenguer). Querrán ustedes ser presentados al Marqués Regente.

VALERIO. No deseamos otra cosa.

JUAN. (Por Berenguer). Al señor ya le ha visto.

BERENG. Y con su permiso me retiraré. (Se va hacia el fondo recatándose y aguarda á que Susana se quede sola).

SATURNA. Pasen á ver á mi hermano. Ya entra en su despacho. (Mirando por la derecha). Ven tú, niña.

SUSANA. (Buscando un pretexto para quedarse, y mirando á Berenguer, á quien no ven los demás). Voy también... ¿Pero este Bonaire?... (Llamando). ¡Bonaire!... Tengo que decirle... (Va tras doña Saturna, que sale por la derecha oyendo las lisonjas de San Valerio, y cuando todos desaparecen, vuelve al centro de la escena. Berenguer avanza).

ESCENA X

SUSANA y BERENGUER

SUSANA. Un momento, un momento nada más. Usted desea hablarme.

BERENG. Y usted á mí.

SUSANA. Yo no. Lo que yo quiero es reñirle.

BERENG. Se lo conocí en la cara cuando la vi á usted en la puerta del palacio episcopal.

SUSANA. Le miré á usted furiosa.

BERENG. Terrible... Por eso me he quedado. Ríñame usted.

SUSANA. Pues... (Recordando). Ya no me acuerdo... ¡Ah! sí... ya, ya.

BERENG. ¿Á ver?

SUSANA. Que salió usted escapado de Foix, como un criminal que teme que le descubran. Al despedirse de mí la última de aquellas dos tardes de paseo y merienda en el bosque, prometió usted visitar á mis primas, con quie-

nes yo vivía, y, efectivamente, si te he visto no me acuerdo.

BERENG. Huí de usted como se huye de un gran peligro.

SUSANA. ¿Peligro yo? Gracias.

BERENG. Su hermosura, su gracia, su ingenio, eran como la atracción de los abismos, cuyo fondo no se ve.

SUSANA. Sí, sí... Esa aria ya me la cantó usted en Foix. Pero yo no le hice maldito caso. Ya le dije que usted no había tenido aún la suerte... ó la desgracia de interesarme. Con todo su rendimiento, el galán no supo comunicar á la dama ni una chispa, ni una, de ese fuego que le devoraba.

BERENG. Es verdad, y sólo me quedaba el recurso de huir de usted. Pero yo, que siempre fuí la contradicción viviviente, al querer huir del abismo, he corrido tras él.

SUSANA. ¡Farsante! ¿Tengo yo cara de abismo?

BERENG. Sí... Y ojos de insondable profundidad... (Mirándola fijamente á los ojos). que atraen...

SUSANA. (Entre risueña y enojada). Para que se vea lo embustero que es usted... y con qué descaro ensarta las mentiras...

BERENG. ¿Qué?

SUSANA. Señor Berenguer; no hay tal abismo, ni tal atracción. ¡Si no ha venido usted á España por mí, sino por entrar al servicio de la Regencia como absolutista furibundo!

BERENG. Sí; pero...

SUSANA. Que está usted cogido... y ya no le valen sus enredos..... (Afectando desdén y haciendo que se va). Ea, hemos terminado.

BERENG. Todavía no.

SUSANA. Es verdad. Tenía usted que hablarme.

BERENG. Dos palabras.

SUSANA. Pues que sean muy breves.

BERENG. Tengo que suplicar á usted que interceda con el General para que me destine al puesto de mayor peligro; allí donde la muerte sea segura.

SUSANA. (Afligida). ¡Ay, Dios mío! ¿Quiere usted morirse? No; eso no. (Corrigiéndose). Bueno; pues sí, señor Werther,

muérase usted todo lo que quiera. Ya comprendo que es por desesperación de amante no correspondido. Pues mire usted, eso me gusta mucho.

BERENG. ¿Le gusta?

SUSANA. Sí... que por mi se muera, ó quiera morirse alguien, ¡qué hermoso! Cuando yo era colegiala, soñaba que un galán muy bonito se dejaba matar por mí... Y moría, sí... quiero decir, no moría ni se mataba, porque en el momento preciso llegaba yo, y... Muy bien, señor Berenguer, aplaudo su desesperación...

BERENG. Pero Susana, si este anhelo de morir no es por usted, ni tiene nada que ver con el amor que me inspira.

SUSANA. (Desconcertada). ¡Que no es... que no es por mí! ¡Ay, qué chasco! ¿Por qué no lo dijo usted antes? ¿Y cometerá usted la grosería de querer morirse por otra?

BERENG. Bien sabe usted que sí.

SUSANA. ¿Yo qué he de saber?

BERENG. Si se lo he dicho.

SUSANA. (Incomodada). A mí no me ha dicho usted nada. ¡Pero qué embustero!

BERENG. Haga usted memoria.

SUSANA. ¡Otra, otra!... (Herida su mente por súbito recuerdo). ¡Ah! Ya me acuerdo. Perdone usted. Hoy tengo la cabeza trastornada. Su tedio del vivir es por la soledad en que le ha dejado la muerte de su querida madre. Sí; me lo dijo usted, y yo debí recordarlo. Aquella santa señora, destituída de su posición, indigente, proscrita, no tenía más consuelo de su infortunio que el amor de su hijo. Pues mire usted, Berenguer, yo, sin conocerla más que por lo que usted me ha contado, también la quiero.

BERENG. (Con emoción). ¡Oh, Susana!... En sus ojos conozco que es verdad lo que usted me dice.

SUSANA. Y cuando pienso que fué víctima inocente de estas terribles discordias... créame usted, por eso mismo la quiero más y venero su memoria.

BERENG. ¡Usted!

SUSANA. (Conmovida). Sí... Yo soy así. Me interesa profundamente la nobleza desgraciada, la virtud perseguida, y cuando siento sus ayes de dolor, aunque suenen lejos de mí, allá se me va toda el alma.

BERENG. (Con ardor). Susana, es usted un ángel, y yo debo amarla á usted aunque no quiera, aunque no deba amarla.

SUSANA. (Vivamente). ¿Cómo?

BERENG. Aunque usted no quiera.

SUSANA. Yo no se lo prohibo. (Recobrando su viveza y coquetería). Lo que haré será no corresponderle... No se puede, no señor... Pero, por Dios, no vaya usted á que le maten. Trate usted de consolarse, de llenar ese vacío...

BERENG. Sólo podrá llenarlo el sentimiento de reparación, Susana; el castigo de los que nos quitaron honra, vidas, hacienda...

SUSANA. Los constitucionales... (Berenguer calla mirando al suelo). Los fanáticos del año 14. ¿Son esos los verdugos de su familia? Conteste.

BERENG. (Decidiéndose á mentir). Sí. Mis enemigos son, y como al propio tiempo lo son de usted, seguro estoy de que la Baronesita de Celis simpatiza con mi venganza.

SUSANA. Pues no señor, ea... Usted no me conoce. La venganza, ese horrible sentimiento que es el soplo de Satanás en nuestros corazones, no cabe en mí. Dirá usted que soy tonta, que desentono aquí, en el seno de mi familia.

BERENG. Sí que desentona.

SUSANA. Advierta que me he criado en ambiente muy distinto del de este horno de rencores. Señor Berenguer, yo le incito á usted á perdonar á sus enemigos.

BERENG. No puedo borrar la historia de mi vida.

SUSANA. ¡Bah! ¡La historia!... ¡historias! Por más que ahora parezca usted tan aferrado á sus odios, acabará por complacerme.

BERENG. Imposible.

SUSANA. Porque yo, aunque usted lo niegue ó lo disimule, le subyugo, le domino...

BERENG. (Asustado). ¡A mí!... ¡Oh! No... Susana, usted no sabe quien soy.

SUSANA. Ya lo iremos sabiendo, señor Berenguer. Es usted rencoroso. He visto en usted al hombre de convicciones exaltadas, á la voluntad delirante y ciega que antepone los furores políticos á los sentimientos más hermosos del alma. Créalo usted: detesto el fanatismo.

BERENG. ¿También el de los suyos?

SUSANA. También... Que no nos oigan.

BERENG. (Me desconcierta, me vuelve loco).

SUSANA. Y como soy así, quiero, fíjese usted, quiero que el sectario se humanice y arroje de su alma esas brasas del infierno, perdonando para olvidar y olvidando para perdonar.

BERENG. (Oprimiéndose la cabeza). (¡Oh, Dios! ¿Qué mujer es esta?)

SUSANA. ¿Qué dice usted... qué piensa?

BERENG. Nada... locuras mías... que yo la quiero á usted, y no quiero, no debo... En fin, que lo hermoso es imposible... y lo absurdo... es muy bello... No sé... Estoy loco.

SUSANA. (Risueña). Pues yo le voy á curar de su demencia ahora mismo. Venga usted acá. (Le lleva al otro lado). Si usted se humaniza, dispuesta estoy á hacer concesiones. Se ha dicho ojo por ojo.

BERENG. Y diente por diente.

SUSANA. Pues yo digo: corazón por corazón, alma por alma.

BERENG. (Con efusión). Susana, ¿usted me amará?

SUSANA. Podría ser.

BERENG. ¡Alma hermosa!... No, no... Susana, huya usted de mí.

SUSANA. ¿Qué dice? (Aparecen San Valerio y Fabricio en la puerta de la derecha y observan).

BERENG. No sé lo que digo. Usted me anonada, me desorienta; usted me vuelve el alma del revés...

SUSANA. ¿Y por eso me manda huir? Pues ahora no quiero yo, ea. Prohibo las escapatorias. Señor fanático, oiga usted mi mandato.

BERENG. ¿Qué? (San Valerio y Fabricio aparecen por la derecha y escuchan).

SUSANA. Acepto sus galantes obsequios, y que quiera que no, tiene usted que hacerme la corte.

BERENG. Silencio; nos oyen.

ESCENA XI

DICHOS; SAN VALERIO y FABRICIO; DOÑA SATURNA, por la derecha.

SATURNA. Niña, no se encuentra ningún músico en el pueblo.

SUSANA. Mejor. No hay que apurarse, tía. Tendremos música.

SATURNA. ¿Cuál?

SUSANA. Tambores, tía, tambores. Mi primo pondrá á mi disposición todos los que hay en la plaza.

VALERIO. Eso es bailar militarmente.

SUSANA. Es que ahora todo debe tener aquí un carácter guerrero. He mandado á Magín que adorne con ramaje los cañones de la esplanada.

VALERIO. ¡Precioso! ¡La guerra disfrazada de paz!

SATURNA. No me gustan disfraces.

VALERIO. Ni á mí, señora.

SUSANA. Pues á mí sí. Todo es más bello cuando parece lo que no es.

BERENG. (¿Qué dice?)

SATURNA. ¡Qué niña esta!

SUSANA. ¿Vendrán al baile?

FABRIC. ¿Cómo no?

SUSANA. ¿Y el señor Berenguer?

BERENG. También. Y bailaré con usted, si me concede este honor.

SUSANA. Concedido. Vamos, tía. Inspeccionemos nuestro salón al aire libre.

SATURNA. Pero ¿quién es éste?

SUSANA. Un realista furioso que á mí me hace mucha gracia. Verá usted. (Sale con su tía ponderándole con ademanes muy vivos las rarezas de Berenguer).

ESCENA XII

BERENGUER, meditabundo; SAN VALERIO y FABRICIO

VALERIO. (Que ha observado con recelo á Berenguer y á Susana en la anterior escena). No olvides tu compromiso.

BERENG. Si os he vendido el alma... ¿Qué debo hacer?

VALERIO. Te lo diremos á su tiempo. Por de pronto, perseverancia, astucia y mala sangre. La niña bonita, esa preciosa víbora del absolutismo, puede ser en nuestras manos un resorte... ¿sabes? Además, si consigues que te ame, no te conviertas en guardador de su honra. Guárdala como guardó su padre la de tu hermana.

BERENG. (Con súbito coraje, echándole mano al cuello). ¡Calla, ó te...!

VALERIO. Suelta... (Berenguer le suelta). Bien, bien. Me gusta ese coraje.

FABRIC. ¿Eres nuestro? ¿sí, ó no?

BERENG. Vuestro, ó del diablo, que es lo mismo.

VALERIO. Bien. ¿Sostienes lo que jurastes?

BERENG. Lo sostengo, como caballero que soy.

VALERIO. (Saca una medalla del pecho, pendiente de una cinta morada). Júralo aquí, sobre la insignia de los caballeros comuneros, el escudo de Padilla.

BERENG. (Tocando la medalla). Lo juro. Os pertenezco. Afiliado á vuestra facción, mandadme, y os obedeceré ciegamente.

VALERIO. ¿Juras no retroceder ante ninguna prueba, ante ningún sacrificio, por tremendo que sea?

BERENG. Lo juro.

VALERIO. (Guardando la medalla). Está bien... Ahora, calma, vigilancia... y mala intención. Seamos zorros antes de ser tigres. (Suenan dentro tambores con aire de minuetto).

FABRIC. El baile.

BERENG. (Recordando). ¡Ah!... Susana...

VALERIO. Sales á la esplanada, y bailas con ella.

BERENG. Voy... (Andando mecánicamente). No tengo voluntad.

ESCENA XIII

DICHOS; DON JUAN, por la derecha, y por el foro BONAIRE, con un manojo de llaves.

JUAN. (Sorprendido de verles). Creí que estaban ustedes en el baile.

VALERIO. Allá íbamos.

BONAIRE. Ya tienen los señores preparado su alojamiento.

JUAN. Querrán descansar.

VALERIO. Pero nuestro amigo Berenguer, carácter festivo y bullicioso, prefiere la diversión al descanso.

BERENG. Es que me permití invitar á la Baronesita de Celis, y ella se dignó aceptar. Pudiera creer que es descortesía...

JUAN. (Mirándole fijamente, receloso). ¡Oh, no!... ¿Y si ocurriese el caso de que tuviera usted que prestar servicio militar inmediatamente?...

BERENG. Estamos á las órdenes de vuecencia.

JUAN. (Buscando un pretexto para impedir que vayan al baile). ¿Son ustedes aficionados á la esgrima?

VALERIO. (Por Berenguer). Éste tira regular.

JUAN. ¡Oh, dicha! Es mi afición favorita, y me precio de no ser mal tirador. Ea, propongo un asalto. Mientras la gente frívola se solaza en el baile, entretengamos nosotros los ocios de este día feliz con un ejercicio varonil y guerrero.

BERENG. Como vuecencia guste.

JUAN. (Cogiendo de una panoplia los floretes y caretas). Empecemos...

ESCENA XIV

DICHOS; SUSANA, DOÑA MONSA, DOÑA SATURNA y dos ó tres Oficiales, por el foro.

SUSANA. Pero ¿no vienen al baile? Señor Berenguer, estoy esperando...

BERENG. El General prefiere al baile la esgrima.

JUAN. Es mi pasión.

SATURNA. Yo quiero verlo... (Adelantan al proscenio, y Magín las pone sillas).

SUSANA. Yo también.

MONSA. Mi hijo es un tirador formidable.

SUSANA. Berenguer también.

SATURNA. ¿Tú qué sabes?

SUSANA. Me lo figuro. (Coge cada cual su florete y se colocan).

VALERIO. (Aparte á Berenguer, con disimulo). Disimula tu destreza...

SUSANA. Que continúen bailando. Ya volveremos.

BONAIRE. (Gritando desde la puerta á los que están dentro). Que siga el baile. ¡Viva el Rey absoluto! (Contestan dentro al viva. Suenan tambores).

JUAN. (Esgrimiendo los floretes). En guardia.

FIN DEL ACTO PRIMERO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO